

EL SOBERANO DE CALGUERÍN Muley-Aben-Ozmín el Jaráx

Por

Pedro J. Perales Larios

EL ESPEJISMO ISLAMICO DE UN ESCRITOR ALMERIENSE

Título así el presente artículo llevado por la inercia de tantas afirmaciones sobre un aspecto de la vida y obra de José María Martínez Álvarez de Sotomayor, poeta y dramaturgo de Cuevas del Almanzora (1880-1947), pero, después de haber leído sus *Memorias*, llego a la conclusión de que este aspecto no fue tan superficial como algunos han creído (entre los cuales yo me encontraba hasta hace poco tiempo) y lo que hasta ahora hemos venido considerando como algo jocoso y de mero pasatiempo tiene más de realidad y profunda convicción que de espejismo.

Es Álvarez de Sotomayor el poeta, como él mismo nos dice, que más ha cantado su tierra y las gentes que la habitan, siendo, paradójica e injustamente, un gran desconocido —al menos desde el punto de vista literario— entre esas gentes, aspecto éste del que también el mismo poeta se lamenta. Ahora bien, esto no ha sucedido siempre así; Sotomayor vivió épocas de verdadero esplendor literario y resonantes éxitos, de los cuales quedaron muestras tanto en la prensa nacional como regional, y gozó del aplauso y amistad de literatos de gran talla, entre los que podrían citarse a R. Darío, con el que mantuvo correspondencia, y a J. Benavente, quien en una dedicatoria autógrafa de *Los intereses creados* se confiesa amigo y gran admirador del poeta de Cuevas. Pero no es el motivo de estas líneas intentar una reivindicación de los méritos literarios de este escritor almeriense, pues soy consciente de que en el nuevo despertar del interés por los valores regionales que ya hace unos años viene observándose en los jóvenes intelectuales almerienses la persona y obra de Sotomayor está siendo objeto de merecidos y, al mismo tiempo, profundos estudios. Por ello voy a limitarme a presentar uno de los aspectos de este escritor que indudablemente, más llaman la atención de sus paisanos debido a la gran carga de pintoresquismo y originalidad que encierra.

Quiero, en primer lugar, no dejar en el aire la afirmación inicial. Es cierto que del arabismo de Sotomayor lo que más sobresale a simple vista y lo más fácil de recordar es lo anecdótico de una etapa de su vida en la que se le conoció fundamentalmente por su apariencia externa. Y han sido ese anecdotismo y aparien-

cia los que han motivado que la mayoría de sus lectores no hayamos intentado profundizar en los versos en que el poeta muestra, como certeramente ha sabido apreciar González Blanco en enprólogo a *Rudezas*, su agradecimiento a la cultura árabe, a la que rinde poético tributo con su primer libro de versos, titulado *Mi Terrera*.

Para que pueda quedar conocido en profundidad este aspecto comentado expondré más adelante suficientes episodios y anécdotas que, por otra parte, han sido una de las principales causas para que se considere esta faceta de Alvarez de Sotomayor como algo meramente superfluo. Antes de ello quiero transcribir algunas de las palabras con que el mismo poeta se refiere a esta etapa de su vida. Con ello intento aportar nuevos datos para que cada cual pueda formarse, como a mí me ha sucedido, una opinión más acorde con la verdadera índole del aspecto que tratamos.

No fue para Sotomayor un mero pasatiempo y artilugio para la diversión su admiración por lo árabe, sino que verdaderamente se sintió identificado con la cultura de este pueblo, y cuando escribió refiriéndose a él lo hizo plenamente convencido de estar dando rienda suelta a un sincero sentir, como fácilmente puede desprenderse de las siguientes palabras:

«Comprendo perfectamente el efecto que causara en el ánimo del buen Don Quijote la lectura de sus libros de Caballería lanzándose en busca de aventuras como uno más de los andantes caballeros.

Los Montes de las Alpujarras, El Laurel de los Siglos, Allah-Akbar, de Manuel Fernández y González; *El suspiro del Moro*, de don Emilio Castelar y otras obras de la época de la dominación árabe en España, eran mis libros favoritos.

Estas lecturas impresionaban hondamente mi imaginación cálida y joven y en alas de mi fantasía, seducido por las escenas poéticas de las descripciones que leía en estos libros, me sentí moro de verdad y comencé a firmar mis versos en los periódicos locales y de la región con el pseudónimo de Ozmin el Jaráx.» (1).

González Blanco, que supo calar hondo en los versos de *Mi Terrera* y entender el tono sincero que los inspiraba, dijo, entre otras cosas, en el citado prólogo:

«La tierra donde el señor Sotomayor escribe sus versos es la ardiente tierra de Almería, calcinada por un sol de fuego, abrasada a veces por el viento del Desierto; una tierra que es verdadero espejo biselado en que Africa se ve retratada... Al otro lado del Estrecho habita una raza fanática y artista, pobre y resignada, indolente en la acción y sublime en las aspiraciones, y si los españoles, especialmente los del Sur, algo tenemos de artistas, a esa raza se lo debemos... Ellos nos dejaron la inquietud de sus almas ardientes; su respeto al hogar doméstico, arca cerrada para los profanos; su culto íntimo y silencioso a la mujer bajo una aparente beleidad poligámica; su instinto de ornamentación y esmero en la residencia doméstica; su hidalguía con el enemigo; su hospitalidad con el forastero; tantos

y tantos dones para la vida social como hoy se van perdiendo en el cosmopolitismo abigarrado y grosero de nuestras ciudades... Lo que el español tiene de caballeresco, digno y noble, de exquisito en su trato, de correcto y cumplido en sociedad, de puntilloso en el honor, no a los hombres de hoy, sino a sus abuelos los árabes se lo debe... » (2).

Son estas palabras un fiel reflejo de la verdadera índole inspiratoria del libro a que están referidas, en el que, como antes he dicho, González Blanco supo calar para anticiparnos algo de la sinceridad hoy comentada del poeta.

Una prueba más de que este aspecto no es tan superfluo como muchos, entre los que hasta no hace mucho, repito, yo me encontraba, es el largo período de tiempo comprendido entre los años que encierran esta faceta arábica, pues ya en 1905 encontramos a Sotomayor firmando artículos y poemas publicados en periódicos (3) con el pseudónimo árabe de Sidi-Aben Hozmín el Jaráx (4), que más tarde escribiría tan solo como Aben Hozmín el Jaráx o simplemente Ozmín el Jaráx, y aún en 1921 tenía la intención, al igual que había sucedido con *Mi Tierra*, de que *Rudezas* saliera a la luz pública con el mismo pseudónimo, si bien apareció con su nombre verdadero debido a la insistencia de sus amigos, como él mismo confiesa:

«Cuando por el año 21 fui a Madrid a publicar mi segundo libro de versos, *Rudezas*, aún estaba en auge mi Califato, cuando menos en la imaginación y en mis sentimientos, y llevé firmado mi nuevo libro con el mismo nombre de Ozmín el Jaráx; pero ante el éxito enorme alcanzado en el Ateneo y en las redacciones de todos los periódicos donde fui llevado por espontáneos y generosos admiradores y el empeño de estos nuevos amigos, todos ellos literatos consagrados, de que diera este libro con mi verdadero nombre, hizo destacar en mí más la personalidad del poeta que la del Sultán. Aquí comienza a declinar mi tratamiento de Califa por el de poeta, hasta casi ser totalmente eliminado por esta nueva modulación de mi personalidad...» (5).

Las últimas palabras transcritas dejan adivinar que la faceta arábica no quedó completamente olvidada en la vida de este escritor y prueba de ello es, por ejemplo, el *Tratado de Malilla*, obra que nunca se editó no se dió a conocer, cuya portada dice así:

«Escrito en la Arabia a
comienzos del siglo ocho
por el gran Maestro
Pedro Pérez
y traducido al castellano
por
Pepe Soto» (6)

o su posterior libro de 1935, *Campanario*, cuyo mayor porcentaje de poemas fechados corresponde al período comprendido entre los años 1931 y 1935; en estos poemas es interesante ver cómo abundan las referencias al mundo árabe en el que había envuelto los ambientes de *Mi Terrera*, su primer libro.

Y aún podemos remontarnos más en el tiempo para fijar en nacimiento de esta fascinación por lo árabe, si es que ello no sucedió con el mismo nacimiento del poeta, al leer en sus *Memorias*: «Esto ocurría ya al final de mi vida de soltero, con la firme resolución de casarme con Isabel, pero incubando en mi imaginación esas aficiones árabes cada vez más acentuadas». (7).

Como ya habrá podido deducirse de lo dicho hasta aquí, no fue tan superficial el arabismo con que revistió esta parte, bastatante importante, de su vida y de su obra, pues no se trata únicamente de la sinceridad que de sus poemas podemos entresacar, sino también de la innegable seriedad de unas *Memorias* que en ningún momento hacen referencia a posible publicación, y sobre todo por tratarse de algo bastante prolongado, de algo que está presente a lo largo de toda su vida literaria.

Ahora bien, es necesario conocer en profundidad la vida y obra de este almeriense para no quedarnos tan solo en esa superficialidad comentada, cosa que, por otra parte, encuentro lógicamente justificada en el lector que se ha limitado, más que nada, a pasar unas horas divertidas con la lectura de los poemas de Sotomayor, quien, en cierto modo, fue el mayor cómplice para que se considerara como algo pasajero y superfluo un aspecto tan interesante de su vida y su obra, pues él mismo lo considera no exento de humorismo al ser una de las personas que más se divertían con la narración a familiares y conocidos de innumerables anécdotas, algunas de las cuales quedaron reflejadas en sus *Memorias*.

Salvada la innegable seriedad y sinceridad del sentir la cultura islámica de Alvarez de Sotomayor, paso ahora a ocuparme del plano verdaderamente superficial y anecdótico de esta faceta, rica en lo pintoresco, en humorismo y, sobre todo, en originalidad.

Nos dice Sotomayor que era un buen marco para su afición por lo árabe la finca que su madre poseía en Calguerín, donde él habitaba temporalmente, y era tal el cariño que profesaba a esta finca que, una vez distribuída la herencia entre los hermanos, al no corresponderle a él, compró la finca colindante, a la que trasladó su Califato y donde se hizo construir una mansión árabe que daba el aspecto de fortaleza y morabito a la vez. Pero que sean sus propias palabras las que nos introduzcan en la descripción de este Califato:

«Yo era el Califa, mi esposa la Sultana y mi hijo el Príncipe heredero. A mis labradores les daba un nombre árabe que remedaba el suyo propio; mi moneda era el Zequí, equivalente a un céntimo de real, y la usaba en la contabilidad de mis libros de Hacienda.

Tenía mis ministros, otorgaba títulos honoríficos, daba Emiratos, siempre dependientes de mi Corona; tenía toda clase de impresos para estas prácticas y usaba como antecrito para mi correspondencia los siguientes títulos: Califa de Calguerín, Sultán de Aljarilla y Emir de Zújar y la Aljandra; Dueño, Señor y Soberano de los países de allende y aquende el Almanzora, de las comarcas de Tefejín y la Arnilla, Islas de Burjulú y posesiones de Alguelma y la Rumaila.

Tenía mis escudos para cada Estado, que coronaba esta inscripción; “Después de Alhá, Ozmín el Jaráx”. Mi bandera imperial verde con media luna y mis cifras árabes en blanco, armas y traje árabe magnífico, hecho en Fez y que lucía en actos y ceremonias oficiales.»

Continúa Sotomayor diciéndonos que por este tiempo acabó de completar su Imperio con nuevas conquistas, consistentes en unos pocos bienes heredados de su madre y otras parcelas que su esposa, la Sultana, heredó también de su padre. Entre los bienes heredados por su esposa se hallaba una casa situada en la calle más céntrica de Cuevas. El poeta se hizo derribar esta casa para construirla de nuevo dándole el aspecto de mansión árabe, e inscribiéndola en el Registro de la Propiedad con el nombre de Alcazaba o Alcázar. En esta casa fijó el Califa su residencia de invierno.

Nos da también noticia de fiestas que dieron celebridad al Califato, entre las que “se destaca la recepción dada por mi amigo Diego Soler en su casa al nacimiento de su hijo Miguel con motivo de la ceremonia árabe que hicimos para imponer a éste el nombre de «Aben-Alí. Todos los invitados, lo mismo señoras que caballeros, fuimos con trajes árabes y con este bello adorno y la espléndida característica de esta casa, resultó una fiesta lucida y memorable». (8).

De estos acontecimientos y de todo cuanto guarda relación con el Califato dió suficientes muestras la prensa local a través de un semanario titulado *El Imparcial de Levante*, en el que frecuentemente aparecían, casi siempre en tono jocoso, noticias, cartas, artículos, etc. e incluso una sección periódica, bajo el rotativo «Ecos del Califato», dando cuenta de incidentes ocurridos en la finca donde estaba instalado el Califato, de la labor poética del Califa, de sus publicaciones, de recomendaciones dadas para favorecer a amigos residentes en Granada, de adquisiciones de nuevas propiedades que ensanchaban las fronteras del Califato, de comunicados enviados a sus emires en el reino de Marruecos para que dieran a conocer en la zona de influencia española en el Mogreb la grandeza del Califato de Calguerín y su agradecimiento a la cultura islámica (9), etc.

Con los recortes de todas estas publicaciones Sotomayor compuso un interesante y pintoresco documento que no llegó a editarse en la forma que él posteriormente le dió, pero que en su mayor parte había ya aparecido impreso en las páginas del citado semanario. A este documento puso por título «Documentos para la Historia del Califato. Visirato de Instrucción Pública».

Entre los episodios considerados más importantes por Sotomayor en su vida de Sultán sobresale una estancia en Madrid alrededor de los años 1912-1913. Pero que de nuevo sean sus propias palabras las que nos informen de tales episodios o anécdotas:

«... Era mi traje de calle pantalón y levita negra, sobre ésta un fajín de seda verde y fez de astracán negro con una media luna en oro. Esta indumentaria elegante y sencilla la usé a diario durante mi permanencia en Madrid de un mes aproximadamente de duración.

Nunca salía solo a la calle; siempre lo hacía acompañado de un lucido séquito de muchachos distinguidos, amigos de mi hermano, elegantemente vestidos, a quienes sedujo extraordinariamente su regio cometido haciéndolo todos a las mil maravillas.

Cuando entrábamos en un café, se destacaban dos o tres para quitar estorbos de cortinas y sillas a mi majestuoso paso, haciéndome toda clase de cumplidos y agasajos; pero el que más se destacaba era un muchacho que hacía el papel de intérprete y eran notabilísimas las traducciones que daba a la incongruencia de sílabas que yo lanzaba como si ellas fuesen mi verdadera expresión en el lenguaje idioma de mis Estados.

En una ocasión, en el café Madrid, que era servido por señoritas, se me ocurrió dirigirme con uno de esos camelos al que oficiaba de jefe de mostrador; y al manifestar éste, muy apurado el pobre, que no me había comprendido, le dijo mi intérprete: «Dice el Señor que en todos los sitios por donde ha viajado que ha ido a un café servido por señoritas, le han hecho éstas un zalema».

Desde entonces, siempre que íbamos a este café, desfilaban ante mía ceremoniosamente todas las chicas sirvientas de este establecimiento.

.....
.....
Otra vez fui a visitar a mi parienta la Marquesa de Caicedo, quien al verme llegar con mi indumentaria habitual quiso conocer estos detalles de mi vida rogándome que al día siguiente, domingo, fuese a su casa a comer con ella para salir luego conmigo en su carruaje a la hora del paseo por la Castellana.

Fui, en efecto, y durante el paseo vi a todas las damas en sus respectivos carruajes con sus gemelos y las impertinentes disparadas sobre el incógnito acompañante de la Marquesa de Caicedo.

Cuando muchos días después fui a despedirme de ésta para volverme a casa, me dijo que señoras que hacía mucho tiempo no la visitaban la fueron a ver para enterarse del personaje extraño que le acompañaba en su coche aquella tarde del paseo por la Castellana.

Otra cosa graciosa que recuerdo de esta temporada fue la siguiente: iba yo un día por la calle de Tudescos, cuando en dirección contraria a la mía vi a un señor puesto de chaquet y fez a la cabeza y temiéndome que fuese un turco que

al llegar a mí se le ocurriese interpelarme, pensé hacerme el desaparecido en la primera bocacalle; pero no hubo necesidad porque sin duda el turco en cuestión era tan turco como yo y en la primera transversal que se tropezó, quizá pensando también como yo pensaba, desapareció a toda prisa quedando con tan feliz resolución solucionado el conflicto.

Era complemento de mi personalidad un periódico turco impreso en caracteres árabes que con frecuencia sacaba del bolsillo cuantas veces creía necesario hacer la entretenida con mi aparente lectura. Este periódico me lo proporcionó mi notable intérprete.

Mi paisano y amigo, el notable artista Salvador Puerta, que tenía buenas amistades y supo de mi vida en Madrid, habló al Terceto que tocaba en el café Comercial en la Glorieta de Bilbao para que aprendiese la Marcha Real de Calguerín y obsequiarme con su interpretación *si conseguía* llevar a S.A. el Príncipe Ozmín, y cuando fui avisado, visité el expresado café acompañado de mi escolta y sentí la emoción de aquella marcha y la puesta en pie de la nutrida concurrencia como un verdadero príncipe que se siente agasajado por un pueblo generoso y hospitalario.

He de silenciar ciertos detalles graciosos y extraños porque de ser algo minucioso habría de formar un libro con este solo capítulo, pero relataré como último suceso la noche que estuve en un teatro —creo que el Eslava— con todo mi acompañamiento de etiqueta ocupando casi el centro del patio de butacas, donde con mi fez a la cabeza y mi enorme pipa a la que cabía una caja de tabaco, echando más humo que una chimenea de vapor, pasé toda la función sin que nadie me llamara la atención para que me descubriese o no fumara. También aquí todos los gemelos e impertinentes de las señoras tuvieron clavados toda la noche sus cristales en mí.» (10).

Concluyo estas líneas repitiendo de nuevo que, a pesar de este anecdotario de tintes meramente humorísticos, la faceta islámica de Alvarez de Sotomayor, como espero haber dejado en claro con anterioridad al relato de estos simpáticos episodios, es más profunda de lo que habitualmente ha venido considerándose por la mayor parte de sus lectores y conocidos. En cualquier caso, me doy por satisfecho con tan solo haber conseguido que estas líneas sirvan para el que el lector interesado en el arabismo de Alvarez de Sotomayor se replantee de nuevo el enjuiciamiento de un aspecto de la vida y producción literaria de un escritor almeriense en el que es muy probable que, en este caso, se haya cumplido el refrán y el árbol no haya dejado ver el bosque.

NOTAS

1. *Memorias inéditas* de Sotomayor. Biblioteca familiar de AZUAGA.
2. Prólogo a *Rudezas. Obra Completa (poesía y teatro)* de José M. Alvarez de Sotomayor. Editorial Mary Reyes, Cuevas del Almanzora, 1973.
3. Se trata en este caso de *EL FERROCARRILICO*, semanario jocoso editado en Cuevas entre el 1 de abril de 1905 y el 28 de diciembre de 1907. Fueron en total 135 números y de él dice Sotomayor en sus *Memorias*: «Vino la mascarada de *El Ferrocarrilico* —caricatura de una promesa política de traernos el Ferrocarril— y como protesta del atropello que cometieron con sus iniciadores los caciques de entonces, se fundó el simpático periódico local *El Ferrocarrilico*, donde comencé a escribir asiduamente con mi marcada orientación mora...».
4. Este pseudónimo aparece utilizado por primera vez en el número 15 de *El Ferrocarrilico*, de 8 de julio de 1905, al pie de un poema titulado «Carta de despedida a EL FERROCARRILICO», en el que Sotomayor parodia la carta de «El tren expreso» de Campoamor.
5. *Memorias* del autor.
6. *El Tratado de Matilla* es un conjunto de versos octosílabos, consonantes los pares, que, por su título, habría que incluir dentro de la tradición literaria de tratados y normas para el ejercicio y aprendizaje de juegos recreativos. Pero nada más alejado de estos versos que los tratados pertenecientes a esa tradición que arranca en nuestra literatura de la época de Alfonso X el Sabio con el *Libro del acedrez, dados e tablas*. Apenas se encuentran normas en el tratado, que, más que otra cosa, es un conjunto de bromas escritas con la intención de servir de entrenamiento y diversión a los amigos con los que el poeta solía pasar horas de recreo.
7. Su matrimonio con Isabel tuvo lugar en la parroquia de «Nuestra Señora de la Encarnación», de Cuevas el día 1 de 1905.
8. *Memorias* del autor.
9. Un ejemplo bastante ilustrativo en este sentido es el siguiente fragmento, perteneciente a un artículo titulado «Plenitud Muslímica» que apareció en la sección «Ecos del Califato» de *El Imparcial de Levante*:

«A tí, mi embajador extraordinario en la Corte de S.A.I. el Jalifa de la ciudad elejida de Tetuán, saludo y envío la paz:

Te envío la credencial de mi imperial decreto de enviado especial de mi Imperio en esa zona de influencia española.

Dí en mi nombre a los hijos del Mogreb que hay en España un Kalifato que por amor a la belleza, conquisté a los acordes de mi lira, Imperio de paz y de vida que quiere borrar antiguos rencores fraticidas estableciendo corrientes de simpatía entre los pueblos que formaron la gran España de otros tiempos.

Dí a los hijos del Mogreb que en mis dominios existen aún las ruinas de mis antiguas viviendas donde hallarían albergue y protección.

Diles que mi Kalifato es el templo donde se veneran y ensalzan sus antiguas tradiciones; diles que nuestra antigua alianza de sangre no pueden romperla rancios fanatismos que yo abomino y execro.

Diles que en estos tiempos en que el espíritu de Elías reina en las almas de todos los pueblos, debemos sentir los que estamos en gracia ardiente sed de paz saciada con nuestro filiar abrazo.

Diles que mis vasallos de Calguerín cuidan con afán las tierras que dejaron sus viejos padres santificadas con su sudor, y que las Fuentes del Almanzora retratan, en sus cristales, ojos negros como los de sus mujeres agarenas.

.....

Cumple fielmente tu cometido, hazte digno de mi distinción y Alhá premiará tus virtudes cuya bendición pido para todos los creyentes.

¡Salud y paz!

OZMIN EL JARAX

10. *Memorias* del autor.